



t

temas
de domingo

Del 9 al 15 de agosto de 2015
DIARIO EL CENTRO

Escuela Brilla el Sol
El rostro de la
educación pública

Págs. 8-9

Cementerio indígena
Un gigante que
no despierta

Págs. 10-11

La maulinidad de Margot Loyola

**Vivir para
siempre**

Págs. 4-5

Margot Loyola, guardiana del folclore

Jaime González Colville. Academia Chilena de la Historia

Tras el terremoto del 2010 – y mientras veía amanecer sobre el río Maule junto a su esposo – Margot Loyola repentinamente se echó a llorar. Asombrado, su compañero le preguntó qué le sucedía: “Es que el Maule se está muriendo”, respondió ella

Pero no era el Maule el que lloraba la gran folclorista desaparecida, sino el espíritu de la tierra que se esfumaba, lo más íntimamente propio de su esencia. Siempre repetía “...No cambio ningún otro baile por la cueca. Los demás los acepto, los entiendo, pero no los cambio por mi cueca. Acojo lo nuevo, pero me apena que se vayan perdiendo nuestras tradiciones. Me gustaría que el tiempo se hubiera detenido...En 1940, en 1950. Ahí”.

Las raíces familiares de Margot Loyola Palacios son muy profundas en esta tierra. Su padre, don Recaredo Loyola había nacido en Putú, hijo, nieto y bisnieto de mauchos.

Su casa natal de Linares era de la abuela materna. En un apuro de su madre, doña Ana María Palacios, – ya separada de su marido – la vendió en muy bajo precio.

Pero don Recaredo fue, lo que podría llamarse “un tiro al aire”. Era bombero y una vez se quemó una casa de baile de Linares y no llegó en tres días. Al retornar, le explicó a su esposa: “Es que a las pobres chiquillas se les quemaron todas sus enseres y me tuve que quedar a consolarlas”. Margot, aun pequeña, no pudo evitar reírse ante tal expresión de chilenidad.

Su madre, farmacéutica, debió vivir en Linares y Curacaví, entre otros lugares, con sus tres hijas, dos de las cuales eran Margot y Estela. Así, en la “trasbotica”, como decía ella, las dos niñas se entretenían cantando con una antigua guitarra. Un día, recuerda “un elegante caballero santiaguino” las

escuchó y les dijo se presentarían en Radio Pacífico de Santiago para ver qué sucedía.

La emisora, por esos años (1937) funcionaba en el Portal Fernández Concha 960, segundo piso. A su puerta llegaron las hermanas Loyola tratando de disimular la guitarra. Había un concurso que ganaron. Por ahí merodeaban un grupo de cuatro muchachos, liderados por Mario Oltra Blanco que dejarían huella en el folclore: “Los Provincianos”.

Ganaron por dos razones, según recordó doña Margot: por tener capacidad y, para un jurado de hombres, porque además no eran “nadita de feas”.

Sus voces, en entonado dúo, no tardaron en tener audiencia. Nicanor Molinare, el gran compositor de temas como “Mantelito Blanco” y otros de similar belleza, las ayudó a pulir compases y “soltar la mano” con las cuerdas. Las hermanas Loyola se hicieron conocidas. Incluso el Instituto de Investigaciones Musicales de la Universidad de Chile llamó a sus aulas a las hermanas, donde se formaron en piano y canto.

Pero el padre – y en especial la madre – deseaban asegurar el porvenir de las chicas. Del canto y la música en Chile no se vive. Ingresaron a la Escuela Normal, pero Margot tenía ya una vocación trazada y en segundo año, dejó todo por dedicarse al estudio de las raíces folclóricas: “Tomé un rumbo – dijo en una entrevista – y creo que lo tomé bien, porque no estoy arrepentida”.



“He querido detener el calendario”, una frase recurrente de Margot Loyola.

Así, con casi ochenta años por delante, Margot deshizo el coro con su hermana Estela en 1950 para entregarse a recorrer Chile tras la huella de lo más remoto, de la tonada perdida u olvidada, de la cueca que se extinguía en algún ritmo o un compás. Recuperó, copió, protegió y atesoró cuanto pudo de la chilenidad.

Fue conservadora de la pureza de nuestro arte: “Cada época va marcando una nueva cosa y en esta época empieza a marcarnos la velocidad, las danzas se apuran. Por otro lado, creo que se está metiendo una cosa muy ruidosa y simplemente no entiendo una cueca cantada con acompañamiento electrónico”.

ASI NO CANTAN LOS HUASOS
Pero fue drástica incluso con talentos consagrados. Una vez le preguntaron por Los Quincheros. Su respuesta no se dejó esperar: “Para mí, Los Quincheros son un cuarteto que sigue un estilo impuesto por Los Cuatro Huasos, que fueron los señores de la tonada. Ellos dejaron una escuela y por

ella van Los Quincheros. Ahora, por supuesto que así no cantan los huasos y ellos lo saben...”.

Margot Loyola, como lo ha dicho, conoció a Violeta Parra, la “Viola” como la llamaba. Pero ambas eran disímiles. Si la autora de “Gracias a la Vida” no pudo sobrevivir a una depresión y acabó con su existencia, Margot hizo del amor a la vida una especie de doctrina: “Quiero detener el calendario”, dijo a los setenta y a los ochenta, y lo repitió cuando compartíamos inolvidables veladas en casa de Luis Valentín Ferrada, en Abránquil y donde alguna vez se sentaron a esa mesa – donde ella dominaba la conversación – Emma Jauch o el Obispo Camus.

Aquí me dijo una vez que la canción que más le gustaba de Violeta era “Volver a los diecisiete”. “¿Te imaginas –decía con los ojos brillantes– vivir un siglo y luego volver a nacer?”.

Era purista de la cueca, de los pasos, del movimiento del pañuelo, del zapateo de la niña o el cortejar del huaso. En una oportunidad le vi dar tres o cuatro veces indi-



A los 20 años, con aire altanero y singular belleza.



Margot Loyola y su hermana Estela, integrando el dúo Las Hermanas Loyola. 1947.



En Abránquil, Emma Jauch, Jaime González Colville, Luis Valentín Ferrada y Margot Loyola en el año 1998.



Margot Loyola (Linares 1918-2015) la más insigne folclorista del siglo XX.

caciones a una joven sobre cómo coquetearle a su pareja: "Mueve el pañuelo a la altura de tus ojos", "Míralo con picardía", insistía la folclorista, cada vez más exacerbada en su papel de maestra. Hasta que finalmente, agotados los consejos, le dijo, con la voz más alta que pudo: "Mijita, báilale como si estuvieras invitándolo a acostarse contigo".

Una velada con ella, sin importar los contertulios, era un surtidero de anécdotas, algún chiste de grueso calibre que ella disimulaba con una amplia sonrisa llena de picardía. En una oportunidad, en Abránquil, Monseñor Camus presente, quiso contar una anécdota que le había sucedido en Santiago. Miró con ojos de humildad al prelado: "¿Puedo Monseñor?", "Adelante, por favor", replicó el pastor. "Miren - dijo - iba atravesando una calle en Santiago y un camionero me dice "Apúrate vieja rec...." "Me doy vuelta, dice doña Margot con la risa ahogándole las palabras,

y le respondo: "Vieja no, infeliz, pero lo segundo, hartas veces con el favor de Dios".

Tenía una verdadera adoración por mi amigo Luis Valentín Ferrada. Estando él presente, siempre le cantaba mirándole. Él fue su mentor y apoyo en sus últimos años. En una oportunidad, me tocó dar una conferencia en el Salón Principal de la Contraloría General de la República, organizada por Luis Valentín, quien presidió la mesa de honor junto al Contralor Arturo Aylwin. De número musical de fondo, estaba Margot Loyola, la cual fue largamente aplaudida al ser nombrada. Antes de empezar, se pone de pie y dice: "Señor Contralor, quiero decir algo y que Ud tome nota: deseo proclamar como candidato a la Presidencia de Chile a Luis Valentín Ferrada".

Inolvidables los almuerzos de Abránquil, donde Margot nos enseñaba el lenguaje del abanico: "En esa época, mujeres y hombres estaban separados en los salones

No me asiste duda alguna que, enfrentado Linares a esta instancia que la historia concede casi una vez en un siglo a cada pueblo, hará las diligencias y gestiones del caso para traer sus cenizas a un lugar de honor de la ciudad que nació y a la que jamás olvidó.

logrado merced a la gestión de su amigo Luis Valentín Ferrada.

En folclore nunca negó su dogmatismo "Yo he sido una persona absolutista - decía - Y ese ha sido mi error. Busqué lo absoluto, lo perfecto durante toda la vida. Busqué mi paraíso..."

En 1948, la Asociación de la Prensa de Linares le brindó un olvidado homenaje en el Solar Linarense, que regía don Julio Chacón del Campo. Fueron invitadas las dos hermanas. Pero con los años llegaron premios, distinciones e incluso títulos honoríficos de universidades. El Premio Nacional de Artes, versión música, se le otorgó - tras varias postulaciones infructuosas - en 1994. Varios conjunto folclóricos, El Cuncumen entre ellos, nacieron de su inspiración o estímulo.

Entre 1980, con "Bailes en Chile" y el 2014, con "50 Danzas Tradicionales y Populares de Chile", publicó diez libros.

Veía la muerte "como un problema, como un drama, porque pienso en la permanencia, en lo infinito...". Y repetía su frase de siempre: "Cómo detener el calendario".

Cierro este artículo en la mañana del miércoles, mientras aún se velan sus restos. Estoy cierto que alguna autoridad de Linares hablará en su responso o sepelio. No me asiste duda alguna que, enfrentado Linares a esta instancia que la historia concede casi una vez en un siglo a cada pueblo, hará las diligencias y gestiones del caso para traer sus cenizas a un lugar de honor de la ciudad que nació y a la que jamás olvidó. Y desde luego, que el Museo local habilitará una sala para exhibir su legado o parte de él a las nuevas generaciones: sus guitarras, manuscritos, libros, trajes, ponchos, pañuelos, imágenes, en fin.

Y si así no fuere, debemos pensar que, si bien un día Margot lloró por su tierra, ésta no supo conservar su recuerdo.